

DOÑA BERTA

DRAMATURGIA :

LEOPOLDO GARCÍA-PUMARINO

BERNA R. ZAPICO

JOAQUÍN AMORES

ADAPTACIÓN DRAMATÚRGICA DE LA PRIMERA PARTE DE “DOÑA BERTA”

De Leopoldo Alas Clarín

ESTRUCTURA:

1º - LUGAR: ZAORNÍN (PIE DEL ORO, parroquia). Barrio de SUSACASA. Señorío de Rondaliego. Palacio de POSADORIO.

PERSONAJES: Doña Berta (casi sorda y supuestamente vírgen) – Sabelona (Vírgen) – El Gato – El Casero (Casi sordo también) y su hija casi imbécil.

ACCIONES: Obsesión por la limpieza, hilar y lavar la ropa blanca, amasar, lavar la ropa, segar. TODO ALEJADO, NADIE PASA POR ALLÍ. Problema con los pasos y los lindes.

PREVIOS: Los Rondaliegos no querían nada con nadie. Se casaban entre sí. No sabía Doña Berta desde cuando había sendas públicas que atravesaban sus propiedades, pero se le antojaba desde la caída del antiguo régimen.

“Por aquí no se va a ninguna parte, este es el finibusterre del mundo”

Piensa que la tierra acaba en punta y que la punta es Zaornín, con Susacasa, el prado Aren y Posadoiro

“Ni los moros ni los romanos pisaron jamás la hierba del Aren”.

Referencias a la guerra de África y la gloriosa toma de Tetuan, confunde con la caída del imperio romano. Tampoco llegaron los franceses.

2º Los que sí llegaron fueron los liberales.. Los Rondaliegos eran cuatro hermanos y una hermana, huérfanos desde niños. El mayorazgo don Claudio, hacía de padre

La limpieza de la sangre era entre ellos un culto.

Todos buenos y afables. Doña Berta, una sonrisa andando. Hacía obras de caridad desde lejos.

Temían al vulgo, a quien amaban como hermano en Cristo.

LIBRERÍA DE LA CASA, NO HABÍA MÁS QUE LIBROS RELIGIOSOS Y LIBROS DE BLASONES.

Tiempo atrás un Rondaliego había aparecido muerto en La Matiella, asesinado por un vecino, según sospechas. Desde entonces toda la familia guardaba las espaldas hasta para dar limosna.

EL MAYOR PECADO DE LOS RONDALIEGOS ERA PENSAR MAL DE LA PLEBE A LA QUE PROTEGÍAN.

Los villanos, recogían los beneficios y a espaldas se burlaban de la decadencia de aquel señorío.

Las nuevas leyes y la nueva política, hace que se les robe, no sólo a cuenta de Ayuntamiento, nuevos usos y pícaros tiempos, sino incluso asaltando fruta, hierba o leña. Pero la ley está lejos de Posadorio con condescendencia de alcalde, juez, pedáneo que ayudan a los vecinos.

La buena suerte de los Rondaliegos fue la esquividad topográfica de su dominio y el no ser camino hacia ninguna parte, fueron causa de olvido.

“Bueno, se decían para sus adentros los hermanos; el siglo, el populacho aldeano, nos desprecia, y nosotros a él; en paz. Sin embargo, siempre que había ocasión ejercían su caridad por aquellos contornos”.

Todos los hermanos permanecían solteros; eran fríos, apáticos, aunque bondadosos y risueños.

Berta; aunque de la misma apariencia que los hermanos, blanca, gruesa, dulce, reposada de gestos voz y andares, tenían dentro ternuras. Era la encarnación del honor y limpieza de sangre.

EL HERMANO SEGUNDO, ALGO LITERATO, traía a casa novelas de la época, traducidas del francés. Las leían todos. En los varones no dejaban huellas, pero en Berta hacía estragos interiores. (Romanticismo)

HISTORIA DE AMOR:

Llega el capitán de los cristianos, herido y fugitivo, cae desmayado delante de la portilla de la quinta. Ella lo encuentra y lo esconde en la capilla de la casa.

Lo abandona mientras piensa en si decírselo o no a sus hermanos, CARLISTAS como ella, que podían entregar a los suyos al fugitivo. Si los suyos pasaban por allí o lo buscaban. ERA UN LIBERAL, UN NEGRO.

Los hermanos aprueban su conducta. Pasa el herido a la casa. Pasa una facción de LOS BLANCOS, pero no lo delatan. Dos meses lo cuida Berta con sus propias manos y se enamora. No dan importancia y dejan que lo cuide como esposa porque saben que se va a marchar. ES EL CAPITAN GARRIDO. Él llora de agradecimiento, Berta se acompaña en las noches por una lozana Sabel.

Cuando se levanta, dos de los hermanos (los otros dos están unos días en la ciudad) ven en El Negro un excelente amigo, capaz de distraerlos porque es expansivo y tierno, de imaginación viva, los anima a inocentes diversiones como asaltos de armas, juegos de ajedrez y naipes. “Quería y se hacía querer”.

3º - Llega el día de la marcha para volver al campo de batalla ya restablecido. Allí dejaba el alma que era Berta. Los hermanos no se lo consintieron. “Cuando más tardara en luchar contra los carlistas, mejor pagaría aquella hospitalidad y aquella vida que decía deber a los Rondaliegos”.

El capitán Garrido se deja convencer y permanece más tiempo y es cuando cae a los pies de Berta en cuanto la ocasión de verla sola vino a tentarle. Ella no entiende de esas cosas y se echa a llorar, y él la besa locamente. Más adelante pierde el honor, en la huerta bajo el laurel al anochecer. Los hermanos se habían ido a cazar, ejercicio penoso para el capitán que quería volver a la guerra antes de tiempo.

“Perdió la idea del bien y del mal; no había mal; y absorta por el canto del ruiseñor, cayó en los brazos de su capitán, que hizo allí de Tenorio sin trazas

de malicia". Si no hubiese estado el LIBERAL que le debía a ella la vida, se hubiera jurado ser monja porque aquello era más solitario que un convento. "Berta habría llorado de amor infinito, hubiera consagrado su vida a su culto".

Cuando las circunstancias permitieron al capitán pensar en el aspecto civil de su felicidad suprema, pensó en renunciar a las armas y volver cuanto antes a pedir a los hermanos la mano de Berta, ya que como soldado liberal no se la darían. Berta, inocente, comprendió que había pasado algo grave, pero no irreparable y calla por dulzura del misterio. Esperaría cien años.

El capitán, como un cobarde, huye el peligro de la muerte; vuelve a sus banderas por ceremonia, por cumplir, dispuesto a salvar el cuerpo y pedir la absoluta; su vida no es suya, piensa él, es del honor de Berta.

... el capitán liberal oye cantar al bronce el himno de la guerra: como un ardor supremo; la muerte gloriosa le llama desde una trinchera; sus soldados esperan el ejemplo, y el capitán lo da; y en un delirio de santa valentía entrega el cuerpo a las balas, y el alma a Dios, aquel bravo que sólo fue feliz dos veces en la vida, y ambas para causar una desgracia y engendrar un desgraciado.

En resumen: para los Rondaliegos "un infame liberal, mancillando la hospitalidad, la gratitud, la amistad, la confianza, la ley, la virtud, todo lo santo, les había robado el honor y había huido.

Jamás supieron de él. Berta tampoco.

Con pasmo y terror de los hermanos, con pasmo y sin terror de Berta, la infeliz cayó enferma de un mal que acabó en bautizo misterioso y oculto.

Berta comenzó a comprender su falta por su castigo. Se le robó el hijo, y los hermanos, los ladrones, la dejaron sola en Posadorio.

LA HERENCIA QUE PERMANECIA SIN DIVIDIR, SE PARTIÓ, Y A ELLA SE LE DEJA, APARTE DE LO POCO QUE LE TOCABA EN USUFRUCTO DE TODA SUSACASA. Ya que había manchado la casa solariega pecando allí, se le dejaba el lugar de su deshonra, donde estaría más escondida que en parte alguna.

MUCHOS AÑOS PASARON ANTES DE QUE LOS RONDALIEGOS EMPEZASEN, SINO A PERDONAR, A OLVIDAR.

Dos murieron con sus rencores; uno en la guerra, a la que se arrojó desesperado; otro en la emigración, meses adelante. Ambos habían gastado su patrimonio en servicio de la causa que defendían.

Los otros dos también contribuyeron con su hacienda a la causa en pro de don Carlos, pero no expusieron el cuerpo a las balas; llegaron a viejos, y éstos eran los que, de cuando en cuando, volvían a visitar el teatro de su deshonra.

Después, los años, pasando, habían vertido sobre la caída de Berta esa prescripción que el tiempo tiende, como un manto de indulgencia hecho de capas de polvo sobre todo lo convencional.

PERO SI BERTA SE HABÍA PERDONADO SU FALTA, NO PERDONABA EN EL FONDO DEL ALMA A SUS HERMANOS EL ROBO DE SU HIJO, QUE MIENTRAS ELLA FUE JOVEN, AUNQUE LE DOLÍA INFINITO, LE PARECÍA LEGÍTIMO; MÁS CUANDO LA MADUREZ DEL JUICIO LE TRAJÓ LA INDULGENCIA PARA EL PECADO HORROROSO DEL QUE ANTES SE ACUSABA, LA CONCIENCIA DE LA MADRE RECOBRÓ SUS FUERZAS, Y NO SÓLO NO PERDONABA A SUS HERMANOS, SINO QUE TAMPOCO SE

PERDONABA A SÍ MISMA. “Sí, se decía: yo debí protestar, yo debí reclamar el fruto de mi amor; yo debí después buscarlo a toda costa, no creer a mis hermanos cuando me aseguraron que había muerto”.

ENTONCES, INDAGA, PERO YA ES TARDE . LOS CUATRO HERMANOS FUERON EL HERODES CONTRA UNA SOLA CRIATURA. Conservarle cerca, cuidarle y exponerse con estos cuidados a que se descubrieran sus relaciones con el sobrino bastardo, les parecía una locura y un riesgo.

El hijo maldito fue entregado a unos mercenarios, sin garantías de seguridad. Lo único que se procuró fue rodearle de dinero y eso contribuyó a que desapareciera.

“Borrando huellas, unos por un lado, por el punto del honor, y otros por otro, por interés y codicia, todo rastro se hizo imposible. Cuando la conciencia acusó a los Rondaliegos vivos, ya no había rastro del niño.

“Primero se había mentido para castigar a la infame que aún se atrevía a pedir el fruto de su enorme pecado; después se mintió para que ella no se desesperase de dolor, maldiciendo a los verdugos de su felicidad de madre”.

Los dos últimos Rondaliegos murieron en Posadorio, con dos años de intervalo. Al primero, el hermano mayor, nada se atrevió a preguntarle en su lecho de muerte. Los dos pensaban en el niño muerto o perdido. Ella le cerró los ojos. Al segundo, único hermano vivo, se arrojó sobre su pecho y preguntó desolada invocando a Dios y al recuerdo de sus padres:

- ¿Murió' ¿Murió? ¿Lo sabes de fijo? ¡Júramelo, Agustín, júramelo por el Señor, a quien vas a ver cara a cara!. Y Agustín, el menor de los Rondaliegos, miró a su hermana, ya sin verla, y lloró la lágrima con que suelen las almas despedirse del mundo.

Berta se quedó sola con Sabel y el gato, y empezó a envejecer deprisa, hasta que se hizo de pergamino, y comenzó a vivir la vida de la corteza de roble seco.

Se convierte en un anciana flaca, amarillenta, que, sorda y ligera de pies, iba y venía llosa arriba, llosa abajo, tendiendo ropa, dando órdenes para segar los prados, podar los árboles, limpiar las seves.

Pero en medio de la soledad de Susacasa, la sorprendía el recuerdo de su capitán, de su hijo muerto o perdido y la pobre setentona lloraba.

A la luz del candil en la cocina de campana, parecía dos momias, y lo eran. Pero Sabel dormía en paz. Berta, después de haber estado hablando de la colada una hora, callaba un rato, no contestaba a las observaciones de Sabel; y después, en el silencio, miraba a la criada con ojillos que reventaban con el tormento de las ideas... no era una mujer, sino una hilandera de marfil viejo.

5º - Encuentro de Doña Berta con el pintor. Él le cuenta la historia de su capitán que no puede morir hasta pagar sus deudas de juego, pero que se deja llevar por el heroísmo de la batalla y sucumbe en ella con honor. Paralelismo con la historia de la protagonista.

6º - El Pintor descubre el retrato de juventud de Doña Berta y decide hacer una copia. Luego le manda el retrato y una copia del suyo. Descubre por el parecido que es su propio hijo. Se pone mala, viene el médico y dice que es cosa de la edad. Envía una carta lacrada al pintor a su posada de

verano. Le declara su pecado implícito y cuánto podría costar el cuadro. No recibe respuesta en meses.

En los días en la cama decidió vender todo y marchar a Madrid a pagar las deudas del hijo y comprar el retrato para morir. Llama a don Casto Pumariega, notario retirado y usurero en activo y arregla un precio. El prestamista le da más de lo que espera. Decide llevarse a Sabelona, pero no acepta, se va a casa de unos parientes lejanos en un concejo vecino. Opta por el gato, que no puede revelarse. El usurero no quiere a nadie en el palacio.

7º - Día de la marcha y despedida de Posadorio. La tierra no la quiere, pero ella quiere a la tierra.

ORGANIZACIÓN.

- 1 – ENCUENTRO DEL PINTOR Y DOÑA BERTA.**
 - 1.1 – QUIEN ES Y QUIENES SON SUS HERMANOS**
 - 1.2 - LLEGADA DEL CAPITAN**
 - 1.3 - ROMANCE Y PARTIDA**
 - 1.4 – NACIMIENTO DEL NIÑO**
 - 1.5 - MUERTE DE LOS HERMANOS**
- 2 – DECISIÓN DE MARCHARSE A MADRID**
 - 2.1 – LLEGADA DEL RETRATO DEL HIJO Y ENFERMEDAD**
 - 2.2 – CARTA AL PINTOR Y ESPERA**
 - 2.3 – VISITA DEL USURERO**
 - 2.4 - DESPEDIDA DE SABELONA Y DE SU CASA**

“DOÑA BERTA”

de

Leopoldo Alas Clarín

PRIMERA ESCENA

Exterior de la casa palaciega de POSADORIO en Zaornín, parroquia de PIE DEL ORO, barrio de Susacasa, en el fin del mundo. La anciana DOÑA BERTA, enjuta, amarillenta, sorda y su criada SABELONA, similar en edad, pero robusta y oronda de carnes, lavan y tienden la ropa blanca.

DOÑA BERTA.- Lo de la sendas viene de viejo. Cansada me tienen esos aldeanos con sus derechos antiguos, que de antiguo deben tener tanto como la caída del *antiguo régimen*. Sendas públicas, atravesando propiedades con dueño... ¡Cuando se vio!

SABELONA.- Toda la vida con eso. Cuándo aprenderá a no acalorarse por menesteres sin arreglo.

DOÑA BERTA.- ¡Todo lo hacen por incordiar!. Por aquí no se va a ninguna parte, este es el finibusterre del mundo. Quieren hacerme tonta, como si no supiese yo bien que la tierra acaba en punta y la punta de la tierra es Zaornín, con Susacasa, el prado Aren y este palacio de Posadorio como extremo.

SABELONA.- Es que, como se sabe que ustedes, los Rondaliegos, no quieren nada con nadie, no pasan más allá de la quintana y jamás visitan la capital del municipio; pues cree la gente que no están para nada y no se pueden permitir nada.

DOÑA BERTA.- ¡Todos una pandilla de bandidos!. Presa de envidias y maledicencia hemos sido de siempre. ¿O acaso no quedó demostrado con la forma vil en que le fue arrebatada la vida al tío, aparecido muerto, en el monte de la Matiella?. ¡Gente de mala entraña!, a esos tenemos por vecinos.

SABELONA.- ¡Jesús, María y José!. No lo nombre la señorita tan siquiera. Muchos decires hubo sobre el caso, y aunque el dedo acusador señala cerca, nada quedó demostrado.

DOÑA BERTA.- Y mientras, siguen asaltándonos. Fruta, hierba, leña... a unas pobres mujeres, que no nos podemos defender. ¡Ay, si estuviesen vivos Agustín y los otros...

SABELONA.- ¡Ay mi ama!, la ley está lejos de Posadorio. La condescendencia del alcalde, del juez, del pedáneo y hasta de algunos vecinos, ayuda a todos esos desalmados que nos arruinan.

DOÑA BERTA.- La verdad es que hay tanta necesidad... Algunas caridades nos quedan pendientes y algunas rentas que nos ayudan a cumplir con ellas. Pero de lejos; guardando las espaldas hasta para dar limosna, que siguen habiendo muchos mal quererres.

SABELONA.- Si alguno de ustedes se hubiese casado. Pero nada, los cinco solteros y ya cuatro bajo tierra, sin posibilidad de dar vida, continuidad al señorío y protección a estas dos viejas... ¡Bien es verdad, y hasta los santos del cielo son testigo de ello, que todos ustedes han sido

bondadosos y risueños!. Pero también es cierto, y bien lo sé yo, que han tenido un tanto de gente fría y algo desganada.

DOÑA BERTA.- Los Rondaliegos, siempre nos hemos casado entre nosotros; y a tiempo faltaron candidatos apropiados. Limpieza de sangre, abolengo y clase. Así eran las cosas.

SABELONA.- ¡Claro!. Por eso estamos como estamos. Sangre joven, vigorosa y fuerte, es lo que le hace falta a esta casa desde hace tiempo.

DOÑA BERTA.- ¡Ni los moros ni los romanos, ni siquiera los franceses, pisaron jamás la hierba del Arén, ni lograron plantarse en la quintana de esta casa!. Menos lo iba a conseguir familia política poco apropiada.

SABELONA.- Un padre y una madre era lo que de ley le correspondía a la casa. Porque el bueno del mayorazgo de don Claudio, hizo lo que pudo para ejercer de padre; pero tío sin más era, al fin y al cabo.

DOÑA BERTA.- Huérfanos los cinco quedamos de chicos pequeños. Una desgracia. Y encima yo, la única mujer, bien en falta eché a una madre comprensiva que me ayudara a saber qué hacer en las lides de la vida. ¡Bien me hubiera venido y mucho sufrimiento hubiera evitado!

SABELONA.- Y encima esos cuatro moros que le cayeron por hermanos. Con lo buena que siempre fue usted. Toda dulzura y sonrisa. Y ellos que si empeñados en que fuese una especie de encarnación del honor y la limpieza de sangre. Así fue que...

DOÑA BERTA.- ¡A callar Sabelona!. Deja en paz lo que pasó. Bien se portaron al dejarme en herencia, no sólo lo poco que me tocaba, sino también el usufructo de toda Susacasa.

SABELONA.- Porque así estaría más escondida y apartada que en parte alguna. No fue bondad ni preocupación. Fue venganza.

DOÑA BERTA.- ¡A callar Sabelona!.

SABELONA.- ¡Como diga la señorita!. Pero la verdad es la verdad. Cuatro desalmados tuvo por hermanos y ahora que no están, bien es decirlo para que las cosas queden en su sitio.

DOÑA BERTA.- ¡A callar he dicho, lengualarga!. Entra a la casa y ponte a limpiar la sala. Toda, reluciente. Luego amasas el pan y después ya te daré más quehaceres para que te ganes el jornal, trasto de vieja.

SABELONA.- ¡Limpiar, limpiar!... es lo único que quiere. ¿Para qué, si nadie nos visita?. ¡Manías de vieja!

DOÑA BERTA.- ¡Entra te he dicho!

SABELONA *obedece refunfuñando. DOÑA BERTA se queda sola mirando el paisaje.*

DOÑA BERTA.- Parece que se me antoja salir por ahí, meterme por el monte arriba entre helechos y zarzas. Años hace que no se me ocurre tal cosa. Pero hoy, el cuerpo me pide atrevimientos. ¡Cuántas veces en mi juventud, frente a este postigo, escondido entre follaje oscuro, soñé que por aquí iba a entrar mi felicidad, lo inesperado, lo poético, lo ideal, lo inaudito! **(Empieza a cantar)**

Ven, pastora, a mi cabaña
Deja el monte, deja el prado,
Deja alegre tu ganado
Y ven conmigo a la mar...
Y juntos en mi barquita...

Se sienta en el suelo separando espinas con la mano. Hay una pendiente ardua para ella. Se sienta a la sombra.

Hay un lugar en el Norte de España adonde no llegaron nunca ni los romanos ni los moros. Pertenece el rincón de hojas y hierbas a doña Berta Rondaliego y a la parroquia de Pie del Oro, concejo de Carreño, partido judicial de Gijón; y dentro de la parroquia se distingue el barrio de doña Berta con el nombre de Zaornín, y dentro del barrio se llama Susacasa la hondonada frondosa, en medio de la cual hay un gran prado que tiene por nombre Aren. Al extremo noroeste del prado pasa un arroyo orlado de altos álamos, abedules y cónicos humeros de hoja oscura, que comienza a rodear en espiral el tronco desde el suelo, tropezando con la hierba y con las flores de los márgenes del agua.

El arroyo no tiene allí nombre, ni lo merece, ni apenas agua para el bautizo; pero la vanidad geográfica de los dueños de Suscasa lo llamó desde siglos atrás “el río”, y los vecinos de otros lugares del mismo barrio, por desprecio al señorío de Rondaliego, llaman al tal río “el regatú”, y lo humillan cuando pueden, manteniendo incólumes capciosas servidumbres que atraviesan la corriente del cristalino huésped fugitivo del Aren y de la Llosa; y la atraviesan ¡oh sarcasmo! Sin necesidad de puentes, no ya romanos, pues queda dicho que por allí los romanos no anduvieron; ni siquiera con puentes que fueran troncos huecos y medio podridos, de verdores redivivos al contacto de la tierra húmeda de las orillas.

Más allá y más arriba, pues aquí empieza la cuesta, más allá del río que se salta sin puentes ni vados, está la Llosa, nombre genérico de las vegas de maíz que si reúnen tales y cuales condiciones, que no hay para qué puntualizar ahora; ello es, cuando las cañas crecen, y sus hojas, lanzas flexibles, se columpian ya sobre el tallo, inclinadas en graciosa curva, parece la Llosa verde mar agitado por las brisas. Pues a la otra orilla de ese mar está el palacio, una casa blanca, no muy grande, solariega de los Rondoliegos, y ella y su corral, quintana, y sus dependencias, que son: capilla, pegada al palacio, lagar (hoy convertido en pajar), hórreo de castaño con pies de piedra, pegollos, y un palomar blanco y cuadrado, todo aquello junto, más una cabaña con honores de casa de labranza, que hay en la misma falda de la loma en que se apoya el palacio, a treinta pasos del mismo; todo eso, digo, se llama Posadorio.

Aparece de entre la maleza un guapo mozo como de treinta o treinta y cinco años, de mucha barba y vestido con descuido (cazadora, hongo flexible y pantalón demasiado ancho). Una caja colgada del hombro. Él la saluda con la mano, ella con la cabeza.

DOÑA BERTA.- (Brusca) Buenos días señorito; pues señorito adivino que sea por aspecto y desconocimiento. Soy Doña Berta Rondoliego, sorda y ama de todo lo que ve. Hágame el favor de presentarse y responderme a la sencilla cuestión de qué hace por aquí.

EL PINTOR.- (Riéndose) Soy pintor, señora. Pintor de exposición y más que “ciertamente” reconocido, aunque esté mal el decirlo. De Madrid, por más señas; y si lee algo de lo que se escribe de arte, quizás encuentre más de una crítica en la que se desmenuce mi quehacer. Pero ahora estoy huido, y recorro a solas con mi musa, la soledad, los valles y vericuetos asturianos, mis amores

de estío, en busca de efectos de luz, matices del verde de la tierra y de los grises del cielo.

DOÑA BERTA.- ¿Le gusta a usted todo esto?

EL PINTOR.- Sí, señora; mucho, muchísimo. Pero este encuentro casual, me ha hecho comprender el mayor interés que puede dar al paisaje un alma que lo habita. Esto es un paraíso, y usted una dama enmarca en colores, copia de una miniatura de marfil, que huele a sándalo.

DOÑA BERTA.- Le ofrezco un chocolate y un dulce de conserva, debajo del laurel real, nieto del que vio mis juegos de niña.

EL PINTOR.- Acepto gustoso.

SEGUNDA ESCENA

Dos sillas y un mesa bajo el laurel. DOÑA BERTA y el PINTOR sentados, SABEL sirve la merienda y escucha con atención y sorpresa.

EL PINTOR.- En mis cuadros va mi carácter. Naturaleza rica, risueña, pero misteriosa, casi sagrada, y figuras dulces, entrañables, tristes o heroicas, siempre modestas, recatadas... y sanas. También pinté un amor que encontré en una fuente; y el público se enamoró también de mi “colunguesa”; pero al regresar a Colunga por la primavera, decidido a hacerla mi esposa, la encontré muriendo de tisis... Sufrí, me desconsolé, pero ella quedó allí, viviendo en mi retrato. Y usted ¿tiene también alguna historia que recuerde de forma especial?

DOÑA BERTA.- Una vez también tuve un amor. Llego herido de los combates en la guerra carlista. Era intrépido, bondadoso, risueño y amable. Me juró amor y me dio palabra de matrimonio. Pero era liberal, y mis hermanos, contrarios, trataron de separarnos. Yo... bueno, yo sufrí mucho. Prometió volver a por mí y a por... Prometió volver. Volver a por... pero no lo hizo. ¿Usted cree que sería un traidor o que tal ver murió en la guerra?. ¡Parece mentira, pero es la primera vez en la vida que hablo de estas cosas!

EL PINTOR.- A mí se me figura en este momento ver la causa de la eterna ausencia de su capitán, señora. Como si lo viera: no volvió porque murió como un héroe. A mi entender, no volvió porque al ir a recoger la absoluta, se encontró con lo absoluto, el deber; ese liberal, que por la sangre de sus heridas mereció conocerla y serle amado; ese capitán, por su sangre, perdió el logro de su amor.

DOÑA BERTA.- (Llorosa) ¿De verás lo cree?

EL PINTOR.- De veras. Y es aquí donde nuestra historia se junta, y verá usted como hablándola del por qué de mi último cuadro. Yo presumo, siento, que el capitán de usted se portó como el de mi cuadro. Era un amigo del alma. Años hace, cuando la segunda guerra civil, yo, aunque ya conocido, no había alcanzado celebridad alguna y acepté porque le convenía a mi bolsa y a mis planes, la plaza de corresponsal, que un periódico extranjero me ofreció, para que le dibujase cuadros de actualidad, de costumbres españolas, y principalmente de la guerra. Por entonces yo soñaba con un gran cuadro de heroísmo militar y con esa ilusión partí hacia la guerra del Norte. En aquella guerra conocí a mi amigo el capitán. Era bravo y jugador; pero jugaba tan bien, era tan pudoroso, que el juego en él parecía una virtud por las buenas cualidades que le daba ocasión de ejercitar. Un día le hablé de su arrojo

temerario y él frunció el ceño. “Yo no soy temerario, me dijo con mal humor; ni siquiera valiente; tengo obligación de ser casi un cobarde... Por lo menos debo mirar por mi vida. Mi vida no es mía...; es de un acreedor. Un compañero, un oficial, no ha mucho me libró de la muerte, que iba a darme yo mismo, porque, por primera vez en mi vida, me había jugado lo que no tenía, había perdido una cantidad... que no podía entregar al contrario. Mi compañero vino en mi ayuda. Pagué con su dinero... , y ahora debo dinero, vida y gratitud. Pero el amigo me advirtió, después de que ya era imposible devolverle aquella suma, que con ella había puesto su honra en mis manos. Vive, me dijo para devolverme esa cantidad, porque si yo no la entrego, pierdo la fama. Dos honras, la suya y la mía, penden pues de mi existencia. Debo por tanto, huir de las balas. Así, con dos vicios como los que tengo, no debo jugar ni debo morir y en cuanto honrosamente pueda, pediré la “absoluta”.

DOÑA BERTA.- ¿Y qué sucedió?. ¿Por qué le pintó el cuadro?. ¿Qué sucedió “el día de su cuadro”?

EL PINTOR.- Era un día ceniciento, frío, una batalla decisiva. La batalla que llevó a los soldados de mi capitán al extremo de la desesperación y debía acabar en una fuga vergonzosa o en el heroísmo. Iban a huir todos, cuando el jugador, el que debía su vida a un acreedor, se arrojó a la muerte segura, como arrojaba a una sola carta toda su fortuna; y la muerte le rodeó como una aureola de fuego y sangre; a la muerte y a la gloria arrastró a muchos de los suyos. Pero antes, hubo un momento en que en lo alto de un reducto, el capitán jugador brilló sólo, mientras más abajo y más lejos los soldados vacilaban, el terror y la duda pintados en el rostro. El gesto de aquel hombre, el que milagrosamente pude conservar y trasladarlo con absoluta exactitud a mi lienzo, era de una expresión singular, que lo apartaba de todo lo clásico y lo convencional. Había dolor, había remordimiento, había la pasión ciega y el impulso soberano de aquellos ojos que reflejaban a la perfección que caía en el abismo de una tentación fascinadora a que en vano se resiste. Lo que no sabrá el mundo es que mi capitán murió faltando a su palabra de no buscar el peligro...

DOÑA BERTA.- ¡Así murió el mío!. (Llorosa y derrumbada) ¡Sí, el corazón me grita que él también me abandonó por la muerte gloriosa!.

Aparece SABEL con una luz en la mano y alterada al ver a su señora en tal estado. Ha caído la noche.

SABEL.- ¿Qué le sucede a mi señorita para estar así?. ¿Qué le ha hecho este forastero?

DOÑA BERTA.- Nada Sabel. Es que empiezo a comprender...

SABEL.- Entren en casa que es tarde y cae la fresca. Encenderé las luces para iluminar el salón. Tiene que tranquilizarse y descansar.

EL PINTOR.- Seguiré entonces mi camino.

DOÑA BERTA.- Amigo mío; hablando de mis cosas se nos ha pasado el tiempo, y usted... ya no puede buscar albergue en otra parte; llega la noche. Lo siento por el qué dirán; pero... tiene usted que quedarse a cenar y dormir en Posadorio.

La anciana entra en la casa. Quedan SABEL y EL PINTOR.

SABEL.- Debería haberla conocido en sus tiempos. Blanca, gruesa, dulce, reposada de gestos, voz y andares. Tenía dentro ternuras insospechadas, pegadas de las novelas francesas que traía a casa su hermano, el segundo. Como una manzana fresca y sonrosada. Hasta que la vida y el desengaño, la muerte de sus hermanos... Doña Berta se quedó sola, conmigo y el gato. Empezó a envejecer deprisa, hasta que se hizo de pergamino, y comenzó a vivir la vida de la corteza de un roble seco. Por dentro también se apergaminó; pero entre tanta sequedad, quedaron en su carácter dos sentimientos, que tomaron en ella el carácter de la manía. La soledad, el aislamiento, la pureza y limpieza de Posadorio, de Susacasa, del Arén... Ahora ya, anciana flaca, amarillenta, distraída; quejosa del mundo, del destino, de sus hermanos y de ella misma. Hay días, a la luz del candil, en la cocina, mientras hilamos, que parecemos dos momias, y lo somos. Pero yo duermo en paz. Ella, a diferencia, después de haber estado hablándome de la colada una hora, calla un rato, no contesta a lo que le digo, y después me mira, desde el silencio, con ojillos que revientan con el tormento de las ideas. Más que una mujer, es una hilandera de marfil viejo.

TERCERA ESCENA

Salón de la casa de DOÑA BERTA. EL PINTOR y SABEL, que enciende luces. La dueña les espera dentro. La criada va prendiendo velas, mientras EL PINTOR pasea por la estancia fijándose en todo lo que ve.

SABEL.- Doña Berta no se fía de nadie. Ni de los vecinos. Mejor se queda para la tranquilidad de mi señorita. ¡Ay, el mayor pecado de Los Rondaliegos es pensar mal de la plebe!, ¡todos los hermanos rancanéan del mismo pie!. ¡Sin embargo, luego todos unos blandos!, llenos de caridades y ayudas que más que agradecerles, son motivo de burla entre los aldeanos. ¡Temen al vulgo, a quien aman como hermanos en Cristo!, que diría el cura.

EL PINTOR.- (Mirando) Libros sí hay. Y muchos.

DOÑA BERTA.- Novelas de la juventud. Casi todas francesas.

SABEL.- Pocas. En la librería de la casa, no hay más que libros religiosos y libros de blasones, ¡bien lo sé yo!

EL PINTOR se detiene ante un retrato recién iluminado de una joven vestida y peinada a la moda de hacía cuarenta años. Pregunta por señas a SABEL, quién es. La criada le responde por señas también que se trata de DOÑA BERTA. El hombre siente un escalofrío de profunda emoción. La dueña permanece ajena buscando en un cajón los mejores manteles para ofrecer al invitado.

DOÑA BERTA.- La casa es vetusta, pero procuraremos que descanse a gusto.

SABEL.- ¿Se encuentra bien?. Ha palidecido; tal como si hubiera visto una aparición.

EL PINTOR.- Muy bien, no se preocupen. Hoy es un día tan inesperado en el que tan inesperada ha sido mi suerte, que incluso pienso pagar la posada

DOÑA BERTA.- ¿Cómo?

EL PINTOR.- Sacando mañana una copia de ese retrato; unos apuntes para hacer después en mi casa otro... que sea como ése, en cuanto a la semejanza con el original... si es que la tiene.

DOÑA BERTA.- Dicen que sí. Dicen que se parece como una gota a otra gota, a una Berta Rondaliego, de la que yo apenas hago memoria.

SABEL.- Serviré la cena en el comedor. (Sale)

EL PINTOR.- Pues bien; mi copia, dicho sea sin jactancia... será algo menos mala que ésa, en cuanto a pintura...; y exactamente fiel en el parecido.

DOÑA BERTA.- Sea así si es su gusto. El mío es hacerle pasar al cuarto de al lado, que hora es ya de cenar y recogerse, que en la aldea seguimos la hora solar y madrugamos para recibir la luz, siendo su despedida, la que nos indica el momento del descanso.

(SALEN)

ESCENA CUARTA

SABEL pelando patatas, sentada frente a la casa. Mira al horizonte y canta.

SABEL.- ¡Visitas inesperadas, existencias trastocadas!. ¡Y cómo mandaba el artista!. Ordenó sacar el retrato del ama a la huerta. Durmió en la mejor cama, y a la mañana temprano ya estaba con sus pinceles... Todo se volvió remirar el lienzo y espiar a Doña Berta en sus quehaceres... ¡Bien lo vi yo y bien mosca me quedé con tanto resoplido y mirar perdido!

Aparece EL PINTOR, se sienta con el retrato y se dispone a copiarlo. Al momento DOÑA BERTA le trae un taza de café y con un sonrisa se dispone a doblar la ropa tendida. El artista la observa detenidamente y sigue cogiendo apuntes.

SABEL.- A media tarde, recogió sus bártulos, se despidió con un cordialísimo abrazo, y por el Aren adelante desapareció entre la espesura.

EL PINTOR recoge su caja y tras el abrazo, avanza hasta que antes de desaparecer, saca un pañuelo blanco que tremola como una bandera. DOÑA BERTA se emociona y agita la mano con suave disimulo.

ESCENA QUINTA

SABEL sigue pelando patatas pero de perfil. Se para, bebe agua fresca y sigue con la labor.

SABEL.- La cosa explotó cuando, al cabo de ocho días. Ocho, nada más, un aldeano, que desapareció en seguida sin esperar propina ni refrigerio, dejó en poder de DOÑA BERTA un gran paquete.

DOÑA BERTA entra con una caja, la abre apresuradamente y saca de ella dos retratos al óleo.

DOÑA BERTA.- ¡Es del pintor, Sabel!...

Mira el primero con deleite.

DOÑA BERTA.- ¡Es el mío, ven a verlo, clavadito al que está sobre la consola del salón!. ¡Ven a verlo rápido!. Claro es, que se trata de copia idealizada, llena de expresión y vida, gracias al arte verdadero...

Pasa al segundo lienzo lo mira y lee.

DOÑA BERTA.- Mi capitán.

Coloca juntos los dos retratos y reprime un grito. Pasa el dedo por el segundo, y luego por el primero. Aprieta el segundo contra su pecho y se sienta. Respira y susurra.

DOÑA BERTA.- Es él. Como dos gotas de agua. Ahora sé lo que vio el pintor.

SABEL.- ¡Así fue, que cuando llegué junto a ella, la encontré pálida, desencajado el rostro y medio desvanecida. No pudo decir mas que...

DOÑA BERTA.- Me siento mal

SABEL.- La acosté en su cama y al día siguiente vino el médico del concejo, se encogió de hombros, no recetó y sólo dijo ¡Es cosa de los años!

DOÑA BERTA, sin moverse del sitio se acurruca en una manta. Tirita, tose y respira fuerte, hasta que muy derecha mira al frente piensa, es una estatua. Sonríe abiertamente y se quita la manta, poniéndose en pie y cogiendo papel y pluma, comienza a escribir.

SABEL.- A los tres días, volvió a correr por la casa más ágil que nunca, y con un brillo en los ojos que parecía de fiebre. Sin poder creerlo, a la siguiente madrugada, salía de Posadorio un propio con una carta lacrada. ¿A quién escribía la señorita?. Al Pintor; sabía su nombre y el del concejo en que solía tener su posada durante el verano; pero no sabía más.

SECUENCIA 1ª

DOÑA BERTA sigue escribiendo en su silla.

DOÑA BERTA.- ... Por lo que más quiera, mándeme noticias de “su capitán”: ¿Cómo se llamaba?, ¿quién era?, ¿su origen?, ¿su familia?, y además quiero saber quién le había dado aquel dinero al pobre muerto sin pagar; como será posible encontrar al acreedor.. Y, por último, ¡qué locura!, quiero saber del cuadro, de la obra maestra. ¿es suya aún o estará ya vendida?. ¿Cuánto podría costar?... Si usted supiera... Si conociese toda la historia... Podría entenderme, y quizás apoyarme. Yo era joven. Joven. Nunca había salido de Posadorio. No sabía de guerras ni de combates. Éramos Carlistas. Todos, los cinco. Y él, él llegó sin avisar, sin esperarlo; de improviso... como llega lo definitivo...

Entra EL CAPITÁN GARRIDO, sable en mano, huido y herido y cae perdido el conocimiento, delante de la portilla de la quinta. Alarmada, DOÑA BERTA, se levanta, corre a ponerse su falda de juventud, y corre a socorrer al militar. Se aproxima lo mira y vigila sin pueden ser observados.

DOÑA BERTA.- Es un Liberal. ¡Un liberal por estos parajes!. Lo esconderé en la capilla. ¡¡Es un liberal, un NEGRO!!..., si mis hermanos se enteran, tal vez

quieran entregarlo a los nuestros. Los Carlistas, seguramente lo estarán buscando.

SECUENCIA 2ª

Aparecen los cuatro hermanos de DOÑA BERTA.

HERMANO MAYOR.- ¿Cómo llegó?

DOÑA BERTA.- Estaba herido

HERMANO SEGUNDO.- ¿Quién es?

DOÑA BERTA.- Se llama Garrido. Es el capitán Garrido.

HERMANO TERCERO.- Es un enemigo. Hay que tomar una decisión

DOÑA BERTA.- Es un cristiano. Necesita atención. Dejarme meterlo en la casa.

HERMANO AGUSTÍN.- Has hecho bien, hermana. La caridad y el perdón, son virtudes cristianas. Y, ése, aunque NEGRO, es una persona que necesita ayuda.

HERMANO MAYOR.- Está bien. Cuídalo con esmero hasta que pueda marchar por su propio pie.

Se escucha una trompeta, ruidos de marcha y voces de hombres armados.

VOZ.- ¡Rondaliegos, buscamos a un fugado. Esta herido!

HERMANO MAYOR.- Nadie ha pasado por aquí. Marchar tranquilos, que en esta casa de BLANCOS, hemos de mandar aviso si ver, vemos algo sospechoso.

Se escucha marchar a la tropa

DOÑA BERTA.- ¡Dios sabrá compensárnoslo!

HERMANO AGUSTÍN.- Te llevaré la última novela para que entretengas la vela...

HERMANO MAYOR.- Todos a guardar silencio. Que ni siquiera Sabel llegué a saber quién es el convaleciente.

SECUENCIA 3ª

DOÑA BERTA y SABEL atienden al enfermo que postrado se retuerce de fiebre. La primera le da de beber, la segunda le seca el sudor. El capitán GARRIDO se incorpora un momento, las mira, besa la mano de la señorita. Las mujeres rezan y se persignan.

GARRIDO.- Me llamo Garrido, soy capitán y su eterno agradecido. Le debo la vida.

DOÑA BERTA.- Calle, esta muy débil. Pronto podrá levantarse y entonces dirá todo lo que tenga que decir.

SECUENCIA 4ª

El capitán GARRIDO, todavía con vendaje, lucha con palos con los hermanos pequeños de DOÑA BERTA.

GARRIDO.- ¡Daos por vencido, malandrín!

AGUSTÍN.- ¡Nunca, antes la muerte!

SECUENCIA 5ª

DOÑA BERTA, cambia los vendajes del herido; él la mira ensimismado. Recoge una flor y se la entrega con devoción. Ella se santigua y mira al cielo con agradecimiento.

GARRIDO.- Os debo la vida, Berta

DOÑA BERTA.- A todos los míos Garrido, no sólo a mi. No hubiera podido hacer nada sin el consentimiento de mis hermanos.

BERTA recoge las vendas sucias y se va alejando despacio.

GARRIDO.- Pero sé que antes, tú me ocultaste en la capilla, y eso no puedo olvidarlo.

DOÑA BERTA.- Fue un impulso, no le de más importancia de la que tiene.

DOÑA BERTA se aleja más, sonriente y diciéndole adiós. Él suspira y sonríe.

SECUENCIA 6ª

El capitán GARRIDO, juega a los naipes con el HERMANO MAYOR de DOÑA BERTA, entre risas.

HERMANO MAYOR.- ¡Habéis ganado otra vez! Lástima que seáis un NEGRO y por tanto no pueda tomármelo a bien

GARRIDO.- En este juego, puedo tener rivales, jamás vencedores. Pero no debéis preocuparos, dentro de poco os libraréis por fin de mí. Ya estoy muy restablecido y debo volver al frente.

HERMANO MAYOR.- No tengáis tanta prisa. Aquí, sabéis que sois bien acogido por todos. Queréis y os hacéis querer.

GARRIDO.- Me cuesta marchar, pero debo hacerlo. No está bien seguir comprometiendo a una familia tan noble como ésta. Estáis en peligro constante con mi presencia aquí.

HERMANO MAYOR.- Cuanto más tardéis en luchar contra los carlistas, mejor pagaréis la hospitalidad que os brindamos y la vida que nos decís deber.

GARRIDO.- Me convencéis de momento; pero mi partida no puede retrasarse mucho más.

SECUENCIA 7ª

DOÑA BERTA y GARRIDO despiden desde la quintana a los hermanos que salen de caza.

DOÑA BERTA.- ¡Buena caza y no esperéis a la noche para volver!

GARRIDO.- Rabio por esta pierna que me impide ir con ellos.

DOÑA BERTA.- Así me hacéis compañía. No me gusta que no haya nadie en la casa.

GARRIDO.- Berta, temo quedarme a solas contigo. Sois una tentación tan...

DOÑA BERTA lo mira entre desconcertada, violenta y alegre.

GARRIDO.- Os amo.

El capitán besa a DOÑA BERTA. La escena se detiene, se para.

DOÑA BERTA.- Perdí la idea del bien y del mal; y absorta por el canto del ruiseñor, caí en los brazos de Garrido, que hizo allí de Tenorio sin trazas de malicia. Si no se hubiese cruzado el LIBERAL, el herido, el capitán Garrido, me hubiese jurado ser monja porque esto es más solitario que un convento.

Hubiese llorado de amor infinito y hubiera consagrado mi vida al culto del Señor. Pero ahora él, ahogó todos mis arrebatos místicos...

El beso arranca de nuevo con pasión y los amantes se tienden en la hierba bajo el laurel.

SECUENCIA 8ª

DOÑA BERTA y GARRIDO se encuentran furtivamente. Es de noche. Llegan, se besan con pasión y se abrazan.

GARRIDO.- Berta, he estado pensando en nosotros. Tengo que marcharme.

DOÑA BERTA.- ¡No!

GARRIDO.- Marcharme para regresar a por ti. Debo renunciar a las armas y volver a pedir tu mano a tus hermanos. Como soldado liberal, jamás me la concederán. Serán sólo unas pocas semanas y estaremos juntos para siempre.

DOÑA BERTA.- Hazlo. Nosotros somos ya uno...

GARRIDO.- Berta, mi amor, mi vida ya no es mía, es de tu honor!

DOÑA BERTA.- Te esperaré cien años si hace falta.

Se besan de nuevo y desaparece el capitán. DOÑA BERTA lo mira llorosa.

SECUENCIA 9ª

DOÑA BERTA pasea impaciente, mirando el horizonte, rezando y tocándose el vientre.

GARRIDO paralelamente mira un papel, la ABSOLUTA y luego se oye un clarín. Exclama, ¡La última batalla, por mi honor y el de ella!. Aparece un soldado enemigo. Garrido saca el sable y lucha. Combaten. El enemigo es mejor, le vence, pero el no cede. ¡A mí la muerte heroica! Entrego el cuerpo al sable y la vida a Dios..., dice antes de morir, en un impulso.

DOÑA BERTA.- Eso debió decir, aquel bravo que sólo fue feliz dos veces en la vida, y ambas para causar una desgracia y engendrar un desgraciado.

SECUENCIA 10ª

Se escucha el llanto de un recién nacido. Los hermanos esperan. Aparece SABEL con el niño. Con un gesto, el HERMANO MAYOR le dice que se lo entregue. La criada obedece. Nadie mira a la criatura.

HERMANO MAYOR.- Un infame Liberal, mancillando la hospitalidad, la gratitud, la amistad, la confianza, la ley, la virtud, todo lo santo, nos ha robado el honor y ha huido.

Los cuatro se disponen a salir, pero la criada se pone delante y se clava de rodillas pidiendo la criatura.

AGUSTÍN.- Debemos mantener lejos y sin riesgo de que se vincule con nosotros a esta criatura. Otra cosa sería una locura.

SABEL.- ¿Y la infeliz madre?

HERMANO MAYOR.- Partiremos la herencia. Llevará lo suyo y el usufructo de toda Susacasa. Ya que ha manchado nuestra casa solariega pecando aquí, se le deja el lugar de su deshonor, donde estará más escondida que en parte alguna.

AGUSTÍN.- Estará seguro. Nosotros pondremos el dinero que haga falta.

HERMANO TERCERO.- Yo me alistaré en las filas de Don Carlos, así vengaré la infamia de mi casa y de mis ideales.

HERMANO SEGUNDO.- Yo partiré a las Américas. Dejaré lo mío a la causa Carlista y olvidaré que alguna vez tuve una hermana.

Salen los hermanos. Queda sola SABEL, llorosa.

SABEL.- El hijo maldito, será entregado a mercenarios. Borrando huellas, unos por un lado, por el punto del honor, y otros por otro, por interés y codicia, todo rastro será imposible. Mejor decir que murió. Se evitará el dolor y la desolación.

DOÑA BERTA, anciana, sigue escribiendo su carta.

DOÑA BERTA.- Muchos años pasaron antes de que los Rondaliegos empezasen, sino a perdonar, a olvidar. Uno, murió en la guerra y otro, meses después en la emigración. Luego, los años... Pero si yo me perdonaba mi falta, no perdoné en el fondo del alma a mis hermanos el robo de mi hijo. Mientras fui joven, aunque me dolía infinito, me parecía legítimo; más cuando la madurez del juicio me trajo la indulgencia para el pecado horroroso del que antes me acusaba, la conciencia de madre recobró sus fuerzas. Sí, me decía, yo debí protestar, yo debí reclamar el fruto de mi amor; yo debí buscarlo a toda costa, no creer a mis hermanos cuando me aseguraron que había muerto. Entonces indagué, pero ya era tarde.

Murieron mis dos últimos hermanos en Posadorio con dos años de diferencia, y yo obsesionada esperaba una palabra, un indicio...

SECUENCIA 11ª

En penumbra, en el lecho, agoniza el HERMANO MAYOR. DOÑA BERTA y SABEL, rezan en voz baja. La hermana le sostiene la mano. Respira con dificultad. Los hermanos se miran con intensidad. DOÑA BERTA ansiosa parece ir a hablar, pero opta por callar.

HERMANO MAYOR.- Berta yo quiero...

DOÑA BERTA le aprieta la mano; en un estertor muere el hermano. Ella le cierra los ojos con delicadeza y rompe a llorar.

SECUENCIA 12ª

En la misma posición e igual actitud, aparece AGUSTÍN agonizante. Se reproduce el mismo cuadro que en la secuencia anterior, pero esta vez, la hermana presenta síntomas de mayor desesperación. Cogiendo la mano del moribundo, e hincándose de rodillas, para arrojarse luego sobre su pecho, DOÑA BERTA suplica.

DOÑA BERTA.- ¡Por Dios y por nuestros padres que en gloria estén! ¿Murió? ¿Murió? ¿Lo sabes de fijo? ¡Júramelo, Agustín, júramelo por el Señor, a quien vas a ver cara a cara!.

Agustín, el menor de los Rondaliegos, mira a su hermana, ya sin verla, y llora la lágrima con que suelen las almas despedirse del mundo.

DOÑA BERTA, anciana de nuevo, acaba la carta que está escribiendo.

DOÑA BERTA.- Primero se había mentido para castigar a la infame que aún se atrevía a pedir el fruto de su enorme pecado; después se mintió para que

ella no se desesperase de dolor, maldiciendo a los verdugos de su felicidad de madre. Así, si en vida no le di nada al hijo de mis entrañas; ahora muerto lo encuentro, y quiero dárselo todo; la hora de mi hijo es mi honra. Esto, será que definitivamente me he vuelto loca; pero mejor así, así estoy más a gusto.

Sobre el fondo, aparece de nuevo la estampa del capitán GARRIDO y su acto de "Muerte heroica".

CUARTA ESCENA

SABEL sigue pelando patatas de espaldas. Son ya las últimas.

SABEL.- Aquellos meses que pasaron, entre el envío de la carta y la llegada de otra visita, las pasó el ama intranquila, como decidiendo algo que ocultaba; yo, decir no decía nada, pero bien me daba cuenta de que andaba en algo que a todos nos iba a jorobar...

Suena una campana, SABEL deja la labor y sale a abrir. Entra con el señor PUMARIEGA y le indica que se siente.

SABEL.- ¿Qué querrá Don Casto Pumariega?. ¡Menudo pájaro!. Estafador cuando era notario y estafador como usurero en activo. Este viexu siempre anda tras algo. Sacando fincas y bienes raíces a infelices en apuros y con prisas por vender... ¿Habrá perdido la cabeza el ama?. ¡Esto no me gusta nada!...

Sale la criada, y al momento aparece DOÑA BERTA. Mientras, DON CASTO revisa todo con interés de avaro.

DOÑA BERTA.- Siéntese Don Casto. El motivo de mi recado es bien simple. Necesito dinero, pero dinero del que me pueda llevar en el bolsillo. Todo lo que valga, bien vendido, Susacasa con su Arén y Posadorio incluido. La casa, sus dependencias, la llosa, el monte, el prado, todo... pero en dinero.

DON CASTO.- Muy bien, señora. Pero partamos del principio. Voy a exponerle las ventajas del préstamo con hipoteca. Así, las partes contratantes A (usted) y B(yo), establecemos un precio C, a cargo de una hipoteca, H, que se liquidaría, haciéndola efectiva en un tiempo, T, que...

DOÑA BERTA.- ¡Déjeme de cuentas, que ya conozco de oídas sus trapicheos!. Si me da los cuartos en préstamo, con hipotecas de las fincas, bien. Yo no pienso pagar muchos intereses, porque espero morirme pronto. Así usted puede cargar con todo; si no quiere este negocio; la venta. La venta en redondo.

DON CASTO.- Pero con las combinaciones que yo le propongo, no perderá necesariamente Susacasa. Escúcheme Doña Berta, usted es una señora inteligente y legal. Yo puedo...

DOÑA BERTA.- Déjese de rodeos y de un precio. Tengo prisa.

DON CASTO le hace una indicación a DOÑA BERTA para que se acerque y le da una cantidad al oído. Ella, regocijada y sorprendida ríe.

DON CASTO.- ¿Vale el trato?. Usted, que es toda una señora; lista por demás y todavía hermosa, entenderá que no llego a más cantidad. No soy tan rico como afirman, sólo un trabajador de siempre; me gusta ayudar y facilitar las cosas a la gentes de bien como usted...

DOÑA BERTA.- Vale, pero me arregla todo el papeleo, que yo tengo que coger un tren para Madrid.

DON CASTO.- Ya, pero antes, comprenda que deba proteger mi hipoteca. Necesito garantías para su seguridad. No tengo inconveniente en que el casero siga en la casería por ahora; pero en cuanto a las llaves de Posadorio y al cuidado del palacio y sus dependencias... prefiero que corran de mi cuenta. No necesitaré a Sabel.

DOÑA BERTA.- Como diga. Arrégleme un trasporte a la estación y téngalo listo para dentro de muy pocos días...

DON CASTO.- Así se hará. Viajará como toda una señora y me ocuparé de que se aloje convenientemente a su rango en la capital.

El USURERO y la DUEÑA se despiden; él con una inclinación y beso afectísimo de mano. Ella con una sonrisa indiferente. Al salir, entra inmediatamente SABEL.

SABEL.- ¿Quería algo ese usurero?

DOÑA BERTA.- Me deshago de todo. Marcho a Madrid

SABEL.- ¿Cómo?

DOÑA BERTA.- Lo que oyes. Y quiero que vengas conmigo. Administraré como pueda lo que me de. Será suficiente para lo que tengo que hacer y para las dos.

SABEL.- Pero mí ama, ¿no ve el peligro?. Es la muerte segura.

DOÑA BERTA.- Debo cumplir una obligación.

SABEL.- ¡Yo a Madrid!.. Siempre pensé esas cosas de tan lejos vagamente, como en otra vida; no estoy segura ni de que haya países tan distantes de Susacasa;... ¡Madrid! El tren... tanta gente... tantos caminos... ¡Imposible!. Dispense mi ama, pero Sabel no llega en su cariño y lealtad a ese extremo. Se me pide una acción heroica y a eso no llego.

DOÑA BERTA.- ¿Y qué harás?. No puedo garantizarte nada. Don Casto quiere ocuparse él de la casa.

SABEL.- Tengo unos parientes lejanos en un concejo vecino. Allí me iré bien a mi pesar, durante la ausencia del ama. Ya que el señor Pumariega quiere llevarse las llaves de Posadorio, contra todas las leyes humanas y divinas, la esperaré en otra parte.

DOÑA BERTA.- Entonces me llevaré al gato.

SABEL.- Pero ¿no es usted el ama?, ¿que tiene él que mandar aquí?

DOÑA BERTA.- Déjame de cuentos, Isabel; manda todo lo que quiere, porque es quien me da el dinero. Esto es ya como suyo.

SABEL.- No me parece justo que se marche con el gato, ¡abusar así del pobre animal porque no puede decir que no!. Si supiera en qué lo mete, tampoco el gato querría acompañarla.

DOÑA BERTA.- Está decidido: el gato irá a Madrid con Doña Berta...

DOÑA BERTA EN MADRID

ESCENA I

La escena representa el último instante de doña Berta en Asturias. Esta y Sabelona se quedan mirando una frente a otra. Doña Berta silenciosa toma el chocolate y coge una maleta y la cesta del gato (este papel será representado por una actriz caracterizada que nos narrará los avatares de su ama en Madrid). Desde fuera del escenario:

VOZ DE HOMBRE: *¡Señora, apúrese! Que vamos justitos y hay que facturar su equipaje.*

(Doña Berta mira una vez más a su criada y las dos lloran. El cambio de Asturias a Madrid se hará con la luz, pero antes doña Berta camina por el escenario con nostalgia)

DOÑA BERTA: *En la vida no se quiere sólo a los hombres, se quiere a las cosas. Y yo quiero a mi pueblo y me voy a Madrid con el corazón algo encogido.*

GATO: *Doña Berta se va, Madrid le espera. Yo soy su gato y me lleva con ella en esa cesta, seré su confidente. Va a buscar el retrato de su hijo, pero no está segura de que sea su hijo ni que el dinero de la venta de su casa y sus tierras alcance para comprarlo. ¡Vaya con Dios!*

DOÑA BERTA: *¡Adiós...adiós!*

VOZ DE HOMBRE: *¡Qué vamos a perder el tren!*

(Ruido de estación, se escucha el silbato del jefe y a continuación el de la máquina del tren y como se pone en marcha. Cambio lento de luz. Diapositiva de estación, luego puerta del Sol de Madrid hacía 1900. Doña Berta, con paraguas, contempla el espectáculo desde una esquina. Gentío de Madrid hablando, dos guardias tras ella; de repente la escena se oscurece y se queda sola)

DOÑA BERTA: *Como Asturias, Madrid igual. Todos somos gentes. Incluso las calles se asemejan a las callejas de allá. Me gustaría pasear por las afueras, oler el campo, ver el paisaje verde, pero ¡está tan lejos! ¡Mis piernas son tan flacas! ¡Y los coches son tan caros y peligrosos!...Debía haberme muerto sin ver esto, sin saber que había esta desolación en el mundo. Para una pobre vieja de Carreño, de Susacasa es demasiada pena estar tan lejos del verdadero mundo, de la verdadera tierra, y estar separada de la frescura, del "prau", por estas leguas y leguas de piedra y polvo.*

GATO: *Ya lo ven se siente tan extraña a todo lo que la rodea. Sin embargo, y a pesar de la tristeza va por la calle sonriendo entre la multitud. Dejaba la acera a todos. Como era sorda, quería adivinar con la mirada si los transeúntes con*

quienes tropezaba le decían algo, y por eso sonreía, y saludaba con cabezadas expresivas y murmuraba excusas. Temía cruzar las calles y ser atropellada por los caballos, por los tranvías...

(Pantomima de calle y tranvía. Música y ruido de calle. Doña Berta intenta cruzar se siente atropellada por la gente, está a punto de caer)

DOÑA BERTA: Le debo a usted la vida caballero, si yo pudiera... Soy sorda, muy sorda, perdone usted.

CABALLERO: No pasa nada. Pero vaya usted con cuidado que la ciudad le puede matar. No debería usted andar sola.

DOÑA BERTA: (gesto de no oír) ¿Por qué tendré yo tanto miedo a la gente, si hay tantas personas buenas, que le sacan a una de las fauces de la muerte?

BORRACHO: Señora, ¡que la atropellan! ¡Que no mira por dónde va! ¡Estas señoras! si es que no ven...no ven...Adiós... señora, señora... (Doña Berta se encoge)

GATO: Estaba perdida, perdida en el gran mundo. En un universo poblado de fantasmas gritándole. Aquel tejemaneje de la vida de éste, del otro. No importaba nada; y así debían de pensar las demás gentes, a juzgar por la indiferencia con que se veían, se hablaban y se separaban para siempre. Así pasó, mi ama, los primeros días de búsqueda de su cuadro por Madrid, por las noches me hablaba que quería abandonar y volver con Sabelona a su aldea y a su casa, pero ya era imposible. Este viaje no tenía retorno.

ESCENA II

GATO: Tanto ajetreo la tumbó en la cama durante ocho días. Nos habíamos instalado en una modesta pero céntrica pensión, en un cuarto interior con vistas a un callejón sucio, aunque yo me recorría toda la casa. La patrona le cogió cariño y la cuidó. A mí me odiaba.

PETRONILA: ¡Fuera de aquí, gato del demonio! Doña Berta, tiene usted que descansar.

DOÑA BERTA: ¡Ay, señora Petronila! No puedo, tengo que encontrar a mi hijo.

PETRONILA: Sí, ya sé. Pero antes tómese usted este caldito...no decía usted que ya había muerto...

DOÑA BERTA: Su cuadro, un amigo suyo lo pintó en el campo de batalla antes de morir... ¡ay! Y no sé dónde buscar ahora al señor Valencia, al pintor.

PETRONILA: Vaya usted primero al ministerio de la Gobernación, en la Puerta del Sol, seguro que allí le dicen algo.

GATO: *Esos ocho días en la cama le dieron cierto valor y se levantó algo más dispuesta. Llegó a averiguar algo...*

DOÑA BERTA: *¿Sabes lo que me han dicho? Mi querido gatito...el cuadro está en Madrid, en un caserón cerrado al público, dónde lo tiene el Gobierno hasta que se decida si queda con él un ministro o se lo lleva un señorón americano muy rico. He averiguado todo esto, incluso he conseguido, después de rogar mucho, cartas de presentación, pero no el precio del cuadro.*

GATO: *Aquella mañana fría, de nieve, era la de un día que iba a ser solemne para doña Berta; le habían dicho que iba a poder ver el cuadro que ya no estaba expuesto al público.*

DOÑA BERTA: *¡Voy a ver a mi hijo!*

GATO: *Así salió de casa amanecida, valiente, dispuesta a luchar por su causa.*

DOÑA BERTA: (Mirando el escenario) *Así estará en Asturias, en Zaornin. Nevado. ¡Que blancura!*

ESCENA III

En otra parte del escenario hay un señor gordo que custodia el cuadro, acompañado de dos o tres obreros que empaquetan, doña Berta se le acerca, nerviosa y despistada, y le da la carta de presentación.

DOÑA BERTA: *Buenos días nos dé Dios. (Le sonríe, mientras éste lee la tarjeta de presentación, y le indica, con gestos, que es sorda del derecho)*

HOMBRE GORDO: *¿Con que quiere usted ver el cuadro de Valencia? Pues por poco se queda usted **in albis**, abuela. Dentro de media hora ya estará camino de su casa.*

DOÑA BERTA: *¡Eh! ¿Qué?, ¿qué camino, qué casa?*

HOMBRE GORDO: *Déjelo. No tengo tiempo para explicaciones. Hace mucho frío y es muy temprano.*

DOÑA BERTA: (nerviosa) *¿Dónde está, dónde está?, ¿cuál es?*

HOMBRE GORDO: (señalando un gran lienzo en el suelo) *Ése.*

DOÑA BERTA: *¡Ése, ése! Pero... ¡Dios mío! ¡No se ve nada! ¡No se ve nada!*

HOMBRE GORDO: (encogiéndose de hombros) *Pues claro, abuela. Los cuadros no se han hecho para verlos en el suelo. ¡Qué quiere usted que yo le haga! ¡Haber venido antes!*

DOÑA BERTA: *¿Qué? ¿Cuándo? No tenía recomendación. Además estaba cerrado, el público no podía entrar...*

HOMBRE GORDO: *Y a mi que me cuenta, abuela. (Se aleja) Desde luego que hará esta señora un día como éste aquí. Está loca.*

DOÑA BERTA: *¿Perdone...?*

HOMBRE GORDO: *Qué sí, muy bonito. Nada. Con Dios... Vosotros, venid acá, id cargando todo en el carro que se nos hace tarde. Movimiento, venga, que es para hoy. (Sale)*

DOÑA BERTA: *¡Y mi hijo está ahí! ¡Es eso!...algo de eso gris, negro, blanco, rojo, azul, todo mezclado que parece una costra, una boñiga... (Los operarios intentan levantarlo del suelo para liarlo)*

DOÑA BERTA: *(gritando) ¡Por Dios, señores! ¡Un momento! ¡Un momento!... ¡Quiero verle! ¿Quién sabe si volveré a tenerle delante de mí?*

MOZO I: *Como quiera, abuela. (Se ríen) Ésta esta para encerrar, loca perdida. (Doña Berta llora. Uno de los mozos se acerca)*

MOZO II: *Mire, señora, nosotros no mandamos aquí. Sólo cumplimos órdenes y debemos llevarnos el cuadro a casa de su dueño. Un americano rico. Lo siento.*

DOÑA BERTA: *Sí, ya sé...y lo entiendo, pero me gustaría ver esa figura que hay en el medio.*

MOZO I: *¿El capitán?*

DOÑA BERTA: *Sí, eso es, el capitán, ¡Dios mío! He venido desde mi casa, desde mi pueblo, nada más que para eso...y si se lo llevan, ¿Quién me dice a mí que podré entrar en el palacio de ese americano? Y mientras yo intrigo para que me dejen entrar, ¿quién sabe si se llevarán el cuadro a América? (Los mozos se encogen de hombros y siguen recogiendo el cuadro) ¡Un momento, por caridad! Si me prestan esa escalera y me acercan al cuadro, que yo no tengo fuerzas, podré subir, agarrándome bien...y desde arriba, a lo mejor podré ver algo.*

MOZO II: *¿Y si se nos mata, abuela? Que ya no tiene usted edad para hacer malabares.*

DOÑA BERTA: *Sí, mozu. Allí en Zaornín yo me subía así para coger la fruta de los árboles y tender la ropa blanca. No, no me caeré. Ayúdame, por caridad.*

GATO: *Era verdad, yo siempre la veía, pero aquí no estábamos en nuestra aldea. El mozu tuvo lástima y le acercó la escalera. Doña Berta subió cinco peldaños con gran trabajo y se agarró a la madera. Como un fantasma ondulante vio, como en un sueño y entre humo, piedras, sangre, colorines de*

uniformes su Capitán, manchado de sangre también en el cuadro. Sí era su capitán, un Rondaliego: ¡era su hijo!

(Los mozos se llevan el cuadro. Doña Berta se queda mirando y está a punto de caer, uno de los mozos la sujetta. Vuelve caminando lentamente a la pensión.)

ESCENA IV

GATO: No quería hablar con nadie. Ni siquiera de sus pretensiones. No se fueran a enterar de que era rica y le robaran su dinero, que llevaba siempre consigo. Los billetes los llevaba cosidos al corsé. Pasaron dos días y hoy no iba a ser como el anterior para doña Berta. Ignoraba un nuevo y triste suceso.

(Un señor, el dueño del cuadro, sano, fuerte, afable está en escena. En su palacio y espera a doña Berta. Al fondo está colgado el cuadro)

DOÑA BERTA: Hola, buenos días, nos dé Dios.

AMERICANO: Buenos días tenga usted, amable señora.

DOÑA BERTA: Venía..., para comprarle el cuadro.

AMERICANO: ¡...! Sí, algo me han contado, pero usted cree...

DOÑA BERTA: Sí, por ese cuadro lo que sea. No tengo ningún problema en lo que cueste.

AMERICANO: (Aparte) Figúrense, que quiere comprarme el último cuadro de Valencia. Es una loca apasionante, divertida ¿?. Qué se creen estas señoras de provincias. Será rica en Asturias, pero en Madrid...Qué interesante es la viejecita, y qué loca.

GATO: Lo que doña Berta no sabía es que a causa de la reciente muerte del pintor el precio se había triplicado. Sin embargo, aunque en esta primera visita no había conseguido su propósito de comprar el cuadro, el rico americano le había permitido visitarlo a diario. Ahora lo contemplaba a su placer, veía todo lo que el pintor había querido expresar. Pero no siempre reconocía a su hijo. La primera vez que dudó sintió escalofríos.

DOÑA BERTA: ¿Y, si al final no es? Después de tanto esfuerzo, venir a Madrid. ¿Es o no? Sí, sí es. ¡Quién sabe, quién sabe! ¿Y si estoy loca? ¿Tiene algo de mi capitán y algo mío? Un hijo, un Rondaliego ¡Es él...no es él...!

GATO: Doña Berta acabó por sentir la sublime alegría de la fe en la duda. Lo valiente era darlo todo, como las madres que aman más y más al hijo cuando

está enfermo o cuando se lo roba el pecado. Y con esa voluntad le pidió otra entrevista al rico americano.

(Salón del cuadro)

DOÑA BERTA: *Yo, es que venía dispuesta a tratar...*

AMERICANO: *No sé, si lo sabe pero las cosas han cambiado.*

DOÑA BERTA: *Sí, sí. Ya he hecho los cálculos y me han informado detalladamente de las cantidades ofrecidas por otros clientes. Creo que me puedo hacer cargo de cualquier contraoferta.*

AMERICANO: *(Asombrado) Pues, también sabrá usted, que dado el funesto infortunio, ¡un hecho lamentable! ...*

DOÑA BERTA: *¡No me diga usted que ya lo ha vendido! ¡Oh, Dios mío!*

AMERICANO: *No, no es eso. Me refiero a que el autor de su cuadro, digo de mi cuadro, el magnifico Valencia, murió hace pocos meses en Asturias y por tanto...*

DOÑA BERTA: *(aparte) ¡Probe! Por eso no contesto a mi carta...*

AMERICANO: *...ya sabe usted como es el mundo del arte. Si tenemos en cuenta las cotizaciones de los artistas una vez que pasan a mejor vida...*

DOÑA BERTA: *¡Suéltelo ya, por favor! ¿Qué quiere decirme?*

AMERICANO: *El cuadro cuesta tres veces más. Esa es su revalorización.*

DOÑA BERTA: *¡Oh! Pero es una fortuna. Ni vendiendo todas las tierras de Zaornín, si fueran más, tendría bastante. ¡Es una exageración!*
(Llora en el hombro del americano)

AMERICANO: *¡Vamos, abuela! No se ponga así. Usted tenía que saber que era una empresa ardua. El del arte es un mundo difícil.*

DOÑA BERTA: *¡Apíadese de mí! ¡Se lo suplico! En ese cuadro está la parte más importante de mi vida. Mi gran creación. ¿No se da cuenta? Es mi... es mi cuadro. ¿No lo entiende? ¡Por Dios!*

AMERICANO: *Señora, ya se lo he dicho. No puedo hacer nada. Lo siento en el alma.*

DOÑA BERTA: *No quiere escucharme... ¿por qué es usted tan insensible? Yo pensaba que al ser usted de otro país tendría una educación más refinada, pero ya veo que no. Son todos iguales sin corazón, que se mueven en beneficio propio, es usted ruin...*

AMERICANO: *¡Señora, tengamos la fiesta en paz!*

DOÑA BERTA: *Desalmado, insensible, mal hombre, egoísta...*

AMERICANO: *¡Está usted haciendo que pierda mis exquisitos modales! ¡Me está poniendo nervioso! (aparte) Está loca.*

DOÑA BERTA: *Y no le digo más verdades porque ahora mismo estoy muy excitada y no me llegan al cerebro. Pero otra cosa le voy a decir, me tendrá aquí todos los días, sí, en su museo. Aquí de mañana, tarde y noche; nadie me va a impedir que yo venga a visitar el cuadro, ese cuadro de mi capitán. ¡Que lo sepa usted! ¡Qué cuando un Rondaliego habla, palabras dice!*

AMERICANO: *Y cuando un caballero, como yo, da su palabra, también. Le dije que le permitía venir y cumpliré mi palabra, ¿Qué se piensa usted?*

DOÑA BERTA: *Pues muy bien.*

AMERICANO: *Muy bien.*

DOÑA BERTA: *Adiós, que tenga usted un buen día, si puede.*

AMERICANO: *Vaya usted con Dios, si puede.*

ESCENA V

GATO: *Doña Berta acudió todos los días a ver a su capitán, y nadie se lo impidió. Un día se enteró de que el americano se iba a su país y que se llevaría el cuadro consigo. Pidió una última entrevista con el ricachón. Pálida como nunca, sin llorar, con la voz firme al principio, frente a su hijo, testigo mudo, muerto, le declaro su secreto, aquel secreto que andaba por el mundo en la carta perdida al pintor difunto. Pero ni por esas, consiguió ablandar el corazón del americano. Todo lo que pudo conseguir fue que le permitieran asistir al acto solemne del embalaje del cuadro, que tendría lugar al día siguiente y así despedirse para siempre de su capitán, de su hijo.*

(Doña Berta vuelve abatida a la pensión, recorriendo las calles de Madrid, tropezando con los viandantes y siendo salvada de algún atropello tranviario. Pantomima de calle)

ESCENA VI

Pensión. Doña Berta, en camisón, se levanta de la cama en cama y como sonámbula habla agitada, en sueños. Aparece el notario.

NOTARIO: *¡Eh, señores! Deténganse; aquí está el último testamento, el verdadero, el otro no sirve, el cuadro es de doña Berta. El autor no lo deja a los hospitales, se lo regala, como es natural, a la madre del capitán, de su amigo... Con que recoja usted los cuadros, señor americano. Sí, usted, extranjero. El*

que tiene tantos millones, ¡no se vaya! ¡Venga, devuelva el cuadro! Que pase a su legítimo dueño: doña Berta Rondaliego.

DOÑA BERTA: ¡Ay! ¡Válgame Dios! No puede ser verdad. Al fin se ha hecho justicia. El cuadro es mío, mío para siempre. ¿Verdad que lo es?

NOTARIO: Ni lo dude. No íbamos a permitir que un don Nadie nos arrebatara lo que es suyo. Créaselo, así es.

DOÑA BERTA: Muchas gracias. Gracias Dios mío. ¿Cuándo lo podré recoger?

NOTARIO: Ya lo tiene, ¿no lo ve?, ahí está...ahí está...

PETRONILA: Ahí está la cuestión... ahí está... ¿doña Berta me está escuchando? Que ya no lo aguanto más. Es un gato terco; un animal presuntuoso, revoltoso, huraño, salvaje, en suma, no lo aguanto más.

DOÑA BERTA: ¿Por qué grita Petronila? ¿Dónde está mi cuadro?

PETRONILA: ¿Qué dice, doña? ¿De qué cuadro habla? Le digo que algo tenemos que hacer con ese animal, yo no lo aguanto más.

DOÑA BERTA: Pero entonces, todo ha sido un sueño. Un hermoso... mal sueño.

PETRONILA: Eso digo yo, un mal sueño. En que estaría yo pensando cuando le dije que lo podía tener.

DOÑA BERTA: Sí, sí, de acuerdo, Petronila. Voy a vestirme. ¿Qué hora es? Tengo que ir al museo...se me hace tarde (Desaparece y se cambia)

PETRONILA: A mí también se me agota la paciencia. ¿Sabe usted? Como aquí no tenemos huerta, como allá ustedes, pues, el maldito animal me ensucia toda la pensión. Sí, sí, todo lo pone perdido; incluido el salón ¡Mi salón! Rompe vasos y platos, araña las sillas, cortinas, alfombras...Además se come todo lo que pilla; las golosinas y hasta la carne, sí, sí la carne...

DOÑA BERTA: (Desde dentro) Sí, sí la carne.

PETRONILA: Hay que tomar medidas. O se van usted y ese gatito o le encerramos en un lugar seguro de la casa, del que no se pueda escapar y pasear a sus anchas y hacer todo lo que plazca ¿Me oye? No tengo más que decir. Lo toma o lo deja, pero yo ya no lo aguanto más. Que parece que se riera de mí. Y eso no, porque a la Petronila nadie le toma el pelo y menos ese salvaje.

DOÑA BERTA: (Saliendo) Buenos días nos dé Dios, Petronila. Gato haz lo que te diga la señora. Nos vemos en la comida. Se me hace tarde.

PETRONILA: Pero, doña Berta ¿me ha escuchado? ¿Dónde va tan deprisa?

(Doña Berta ya se ha ido) *Muy bien, tú ven conmigo, vamos a ver si te escapas de la buhardilla.*

GATO: *Iba a ser un día fatídico para mí y sobre todo para mi ama.*

ESCENA VII

Doña Berta camina por las calles de Madrid, pensando qué hacer y sobre todo que va a ver por última vez el cuadro. Pantomima de las calles y del tranvía, que esta vez la atropella.

DOÑA BERTA: *¡El tranvía!*

VOZ: *¡Cuidado señora el tranvía!*

(Doña Berta yace tirada en el suelo y la multitud le rodea y murmura)

MULTITUD: *¡Está muerta! ¿Quién es? ¡Es una señora mayor! ¡Qué pena! ¡No ha mirado al cruzar! ¡Se debió despistar! ¡Es la viejecita sorda!* (comentarios diversos)

(La multitud cubre a doña Berta y se queda mirando al público)

GATO: *Los transeúntes sentían más simpatía que lástima por mi pobre viejecita. En pocos minutos se borró la huella de aquel dolor. Así es Madrid y enseguida se restableció el tránsito. Desapareció el tranvía, y el siniestro pasó a los juzgados y a los periódicos. La vida sigue.*

(En este momento empiezan a desfilar la gente por la calle. Dejan visible el cadáver tirado)

Así acabó la última Rondaliego, doña Berta de Posadoiro y su más fiel amigo, su gato. Nadie se acordó que estaba encerrado en la buhardilla, aunque maullé con todas mis fuerzas. Yo que era el cazador de ratones campesinos, amigo de las mariposas y de las siestas dormidas a la sombra de árboles, allá en Zaornín.

(Se acuesta a su lado)

TELÓN